

Introducción

Vamos a introducirnos, en esta conferencia, en el libro de Job, de la mano del cordel de la esperanza. Esta va a ser la perspectiva desde la cual leamos este libro. Y si, a lo largo de la historia de la exégesis se han dado las más diversas interpretaciones al libro en su conjunto y a algunos pasajes particulares (muchas veces debido a la dificultad del texto hebreo, que no se ciñe a ninguna regla, pero tampoco tiene ningún error), y estas interpretaciones

“Ahora te han
visto mis ojos”:
La esperanza
cumplida en Job²

CuadMon 150
(2004) 287 - 300

¹ El A. es presbítero de la Iglesia de Montevideo. Hizo la Licenciatura en Teología Bíblica en la Universidad Gregoriana de Roma y culminó su doctorado en la Facultad de Teología del Uruguay “Mons. Mariano Soler”. Su trabajo tiene el mérito de ser la primera tesis doctoral presentada en dicha Facultad y fue dirigida por el Pbro. Dr. Miguel Barriola, miembro de la Pontificia Comisión Bíblica. El P. Kerber es profesor de Sagrada Escritura en la citada Facultad y también colabora en la formación de los laicos. Desarrolla una intensa actividad pastoral entre los jóvenes, especialmente en el acompañamiento espiritual.

² Para la elaboración de esta conferencia se han consultado varias obras. Entre ellas es de destacar el artículo de la prof. F. MIES, “Est-il sage d’espérer en Dieu? L’énigme de Job”, en AA. VV., *Toute la sagesse du monde, hommage à Maurice Gilbert*, Namur, Ed. Lessius, 1999, 385-417, a quien en varios pasajes se ha seguido de cerca. También se ha consultado a ALONSO SCHÖKEL, LUIS, *Job*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1990; WIESEL, ELIE, “Job ou le silence révolutionnaire” en id. *Célébration biblique, Portrait et légendes*, Ed. Seuil, Paris, 1975, 181-199; BRATES CAVERO, LUIS, “La esperanza en el libro de Job”, en XXX *Semana Bíblica Española, La esperanza en la Biblia*, (Sept 1970) Madrid, CSIC (Consejo Superior de investigaciones científicas) 1972, 21-34; BOVO, SEBASTIANO, “La vittoria della speranza nel libro di Giobbe”, *ParSpV* 9 (1981) 51-68; DANIELOU, JEAN, “Job”, en id. *Los Santos Paganos del Antiguo Testamento*, Buenos Aires, ed. Carlos Lohlé, 1960, 73-84; VON RAD, GERHARD, “Confianza y rebeldía”, en id. *Sabiduría en Israel*, Cristiandad, Madrid, 1985, 241-300; LÉVÊQUE, JEAN, “Job, ou l’espoir déraciné”, *La Vie Spirituelle*, 125 (1971) 287-304.

reflejan el pensamiento de una época y de su autor en particular, no pretendo aquí apartarme de esa tradición. La lectura es subjetiva -porque hay un sujeto que lee- y el libro de Job ha sido, y sigue siendo un espejo mal bruñado, en el que quien lo lee e interpreta proyecta su imagen y se lee guiado por los interrogantes que van jalonando el libro de este sabio de Hus.

El libro de Job se presenta actualmente como una larga sección poética, escrita en verso, que son los extensos discursos de Job, sus amigos Elifaz de Temán, Bildad de Shuaj, y Sofar de Naamat, luego se insertan las palabras de Elihú, y finalmente los discursos de YHWH, con breves respuestas de Job (discursos que se extienden desde el c. 3 hasta el c. 42), todo enmarcado por dos breves secciones narrativas que abren y cierran el libro (c. 1-2; 42,7-17). Originalmente, estas secciones narrativas serían el origen de la obra, y varios siglos después se le insertaron los discursos, que actualmente son el cuerpo del libro.

La parte narrativa es la más 'popular' y extendida, de manera que es lo que se recuerda: Job, el hombre justo que por insidia del Satán - *¿Es que Job teme a Dios en vano? Toca sus bienes y verás cómo te maldice en la cara (1,9-10)*- pierde en un día todas sus muchas posesiones y todos sus hijos, y sin embargo reza: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, Bendito sea el nombre del Señor (1,21)*. Luego sigue insidiando el Satán: *piel por piel, extiende tu mano, toca sus huesos y su carne, y verás si no te maldice en la cara (2,4)*, y el Satán hirió a Job con una llaga maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza (2,7). Sin embargo Job permanece fiel a Dios, lo cual genera el desprecio de su mujer: *¿Todavía permaneces en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete! Job le respondió: Como habla cualquier mujer necia, has hablado. ¿Aceptaremos el bien de Dios y no aceptaremos el mal? En todo esto Job no pecó con sus labios (2,9-10)*. Tres amigos de Job, al enterarse de su desgracia, se allegan hasta él para hacerle compañía (serán estos tres amigos quienes desarrollarán sus discursos en la parte poética). Finalmente en los últimos 10 versículos narrativos que cierran el libro, Dios censura a los tres amigos de Job y les dice que ofrezcan un holocausto para aplacar la ira de Dios encendida contra ellos por sus palabras, y que Job intercederá por ellos: *y en atención a su oración no los castigaré por no haber hablado con fidelidad de mí, como mi siervo Job (42,8)*. El fin del libro narra cómo el Señor rehace la prosperidad de Job y aumenta al doble todos sus bienes: *Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. Y murió Job, anciano y lleno de días (42,16-17)*.

Con este marco narrativo, -lo más conocido del libro- da la impre-

sión de que la restauración de Job por parte de *YHWH* es el fruto o el premio de su fidelidad y de su "no pecar contra Dios" y al mismo tiempo, lo esperado por Job. Sin embargo, en el desarrollo actual del libro, con su cuerpo central que son los 39 capítulos centrales, veremos que la esperanza de Job no está puesta en la restauración, ni la respuesta de Dios al pedido de Job es la restauración misma.

El cuerpo de los discursos

Los discursos de Job y sus amigos se desarrollan en tres oleadas. Cada una de éstas va en aumento de intensidad; en la primera (4,1-14,22) se hace la afirmación general de que Dios es justo y castiga a los malos y bendice a los buenos. Por lo tanto, Job debe arrepentirse. La segunda (15,1-21,34) es más específica, afirmando que los pecadores, y por tanto Job, sufren y perecerán. La tercera (22,1-27,23) es aún más intensa, afirmando que Dios es majestuoso, pero Job es pecador. Es a lo largo de estos discursos donde se manifiesta la esperanza de Job, en la que nos vamos a detener.

Semántica de la esperanza

Antes de adentrarnos en la esperanza de Job, es conveniente detenernos en la riqueza semántica de la esperanza. El verbo "esperar" expresa una intencionalidad, una "tensión hacia". A partir de este movimiento, la esperanza se difracta en dos acepciones, la del movimiento mismo (esperar) y la del término o meta del movimiento u objeto de la esperanza (lo esperado). Una de las tendencias espontáneas de la reflexión es la de casi asimilar la esperanza a sus objetos, perdiendo de vista la dimensión antropológica y dinámica del movimiento de la esperanza. Una investigación sobre la esperanza nunca debería perder de vista la primera dimensión de la esperanza, significada en su uso verbal: la esperanza como movimiento o tensión hacia. Esta tensión es hacia un bien futuro, a diferencia del gozo (un bien presente), de la nostalgia (un bien pasado) y del temor (un mal futuro), por tanto es una espera no neutra sino cualificada. Se acompaña de un juicio de probabilidad sobre la obtención del bien, juicio a la vez incierto y posible. Los momentos de incertidumbre y confianza le son igualmente inherentes. Esta dimensión de la esperanza lleva -en el lenguaje bíblico- a asociar los verbos de esperanza con los de confianza, que muchas veces se traducen indiferentemente.

Además del uso absoluto (esperar) y del transitivo (esperar algo), el español distingue dos construcciones: "esperar que" (espero que no llueva mañana) y "esperar en" (espero en ti). La primera acentúa la dimensión de representación anticipada de la esperanza, la segunda la dimensión de confianza. El hebreo bíblico ignora la primera dimensión; "esperar" en la Biblia es siempre "esperar en" o "esperar" en sentido absoluto.

Esta conexión entre esperanza y confianza destacada en el "esperar en" hace de la esperanza un concepto que Ricoeur llama "dialógico", implicando una relación con el otro. Es allí donde reside el abismo entre la esperanza y la desesperación, concepto monológico, es decir auto-referencial, que en el concreto de la vida significa la soledad, el encerramiento sobre sí mismo.

Por otra parte, esta esperanza, intrínseca a la realidad del hombre, nos manifiesta otra realidad, que también le es propia y que normalmente no se la suele relacionar con la esperanza. Como veíamos, la esperanza es la tensión hacia el bien futuro. Esta misma cualidad *futura* del bien que se espera, muestra por contraposición que la realidad *presente* carece de ese mismo bien. No habría capacidad de esperar si se estuviera en posesión de todos los bienes, de modo que la esperanza tiene como contracara la carencia. El hombre esperanzado es al mismo tiempo el hombre carente y necesitado, y no podría tener esperanza si no fuera consciente de su necesidad.

Esta relación intrínseca que se da entre la esperanza y la carencia, modifica de alguna manera el juicio de valor sobre esta última. En nuestra sociedad y cultura actual la carencia y la necesidad son puestas normalmente bajo el signo negativo. Son condiciones que afectarían negativamente al hombre para alcanzar la "calidad de vida" deseada. Sin embargo, la condición creatural del mismo hombre es carente; la rebeldía contra esa condición está expresada en las páginas del *Génesis* con las palabras de la serpiente: *Seréis como dioses* (3,5), y la consecuencia de esa rebeldía está expresada magistralmente por la tradición *yavista* en los versículos que siguen. La aceptación de esa dimensión necesitada del propio hombre, es la que lo abre a reconciliarse consigo mismo y la que posibilita al mismo tiempo la capacidad de esperanza.

El estrecho vínculo *carencia-esperanza* se ve de modo eminente en el protagonista del libro que estamos analizando.

La semántica de la esperanza en el libro de Job

En los libros sapienciales y particularmente en los Salmos es donde el campo semántico de "esperar" se hace más rico. También el libro de Job recoge una diversidad de términos relacionados con la 'esperanza'.

Los verbos *yihel* (esperar) y su sinónimo, y *hikkâ* (aguardar) y los sustantivos correspondientes: *tohelet*, *tiqwa*, y *miqweh*. *Batah* (tener confianza) también se relaciona con ellos, así como los sustantivos *betah* y *battuhôt*.

Job hace un uso más frecuente del sustantivo que del verbo; este uso del sustantivo tiende a considerar más el objeto de la esperanza (lo esperado) que el acto mismo de esperar. Una diferencia radical con la semántica del verbo en el uso de los Salmos es que en Job ninguna vez que se usa el término 'esperar' tiene a Dios por objeto. En el libro de Job nadie pone explícitamente su esperanza en Dios.

La esperanza en la teoría de la retribución

El libro de Job, debido al estremecimiento que provoca en la teoría de la retribución, es comprendido frecuentemente como una crisis de la sabiduría y al mismo tiempo como crisis de la esperanza. La teoría de la retribución establece una relación de proporcionalidad y de causalidad entre el mal y la malandanza y el bien y la bienaventuranza; la malandanza es el castigo por la falta, la bienaventuranza es el premio del mérito. Esta teoría implica un tercero que juzga: Dios.

Los amigos de Job lo abordan con esta teoría para convencerlo de que si ha sido tocado por el mal es porque ha pecado. Job, clamando su inocencia y volviéndose en acusación contra Dios, queda prisionero de esta teoría, aún contestándola. En esta teoría, discernir la causa del mal (el pecado) es al mismo tiempo abrir un camino de salida. La esperanza, en tanto que objeto esperado, es la retribución justa -la bienaventuranza- que Job, si reconoce su error y se convierte a la justicia, tiene derecho de aguardar de Dios.

*Así son las sendas de todos los que se olvidan de Dios,
y la esperanza ("tiqwa") del impío perecerá,
porque es frágil su confianza,
y una tela de araña su seguridad ("batah").
He aquí, Dios no rechaza al íntegro, ni sostiene a los malhechores
(Jb 8,13-14.20).*

*Entonces confiarás, porque hay esperanza,
mirarás alrededor y te acostarás seguro.
Descansarás y nadie te atemorizará,
y muchos procurarán tu favor.
Pero los ojos de los malvados languidecerán,
y no habrá escape para ellos;
su esperanza es dar su último suspiro (Jb 11,18-20).*

Job esperó en vano su paga, peor aún, su retribución se ha invertido, no ha recogido sino sufrimiento.

*Esperaba ("qiwwa") yo el bien, vino el mal,
cuando esperaba ("yihel") la luz, vino la oscuridad (Jb 30,26).*

Job compartía esa esperanza en la retribución, pero su esperanza fue desmentida. Con Job, la esperanza, al mismo tiempo que la sabiduría, entra en crisis.

Viendo decepcionada su esperanza en un futuro que le es contrario, Job también vuelve su esperanza hacia sus amigos. Es el eje de la alteridad intrínseco a la esperanza,

*Me han defraudado mis hermanos lo mismo que un torrente,
igual que el lecho de torrentes que pasan...
Las caravanas de Temá fijan los ojos en ellos,
en ellos esperan los convoyes de Sagá
pero es decepcionada su confianza ("batah")
al llegar junto a ellos quedan confundidos
así sois ahora vosotros para mí (Jb 6,15.20-21).*

La esperanza que se abre con la amistad, se vuelve a cerrar con la amistad defraudada. Era "esperanza en", dialógica, fraterna. Con la decepción, se anuncia la desesperación que conlleva la dimensión trágica de la soledad radical.

A pesar de su decepción Job sigue apelando a sus amigos: *volveos a mí* (6,27); *escuchad mis palabras* (13,17; 21,2); *prestadme atención* (21,5). En su apología final, ya renuncia definitivamente a esa esperanza para volverse sólo a Dios.

Job pone en crisis los instrumentos interpretativos de la realidad porque mientras acusa a Dios, también se confía en él, pide encontrarse con Dios, quiere entrar en el juicio de Dios. Job asume los viejos esquemas

conceptuales pero sin dejarse condicionar por ellos. No tiene miedo de romper los esquemas y decir lo que parece, porque lo que cuenta es su búsqueda de la verdad.

Si parece que Dios es injusto, Job no tiene miedo de decir lo que parece. Los amigos son "objetivos" al decir que Dios es justo, pero Job sabe que Dios no tiene necesidad de ser defendido por el hombre. Si parece que Dios es injusto, Job lo dice, y así apela a una justicia que sabe que está en Dios y le pide a Dios que revele su misterio.

Job apela a un misterio de Dios invisible que Job quiere ver; Job sabe que Dios es justo pero le pide que lo muestre.

Job rechaza aceptar la apariencia, por lo menos hasta que Dios mismo no se lo diga, con la certeza de que esto es imposible. La respuesta ya no puede venir del hombre, sino de Dios

La esperanza en Dios

El libro de Job se desarrolla en un doble nivel, el narrativo y el metanarrativo. Por un lado el discurso de los amigos y del propio Job, en el que cada uno presenta su interpretación de los hechos, en síntesis: los amigos le dicen que ha pecado y su sufrimiento es la prueba de su pecado, que reconozca su pecado y se convierta y Dios lo salvará; Job afirma su inocencia y quiere encontrarse con Dios para pleitear. Y en un nivel más profundo -que se manifiesta también en la extensión de los discursos (el efecto narrativo sería totalmente distinto si en vez de los 35 largos capítulos en los que se alternan los discursos de los amigos a los que responde Job, y finalmente las largas palabras de Elihú, hubiera una respuesta narrativa inmediata)- la actitud propia de Job, que se mantiene fiel enraizado en una triple permanencia: en la voluntad de creer, en la justicia salvífica de Dios y en su amor, y que pasando por un dolor insoportable, se debate entre el grito y la esperanza. En el nivel narrativo lo que prima es el grito, la queja, la protesta; en el nivel metanarrativo destaca la permanencia de Job, su actitud de esperanza (ver que en la semántica de la esperanza, falta en el libro de Job la expresión "esperar en YHWH". Job nunca dice "espero en YHWH"; "espero en ti"; es más, en sus palabras Job acusa a Dios de destruir su esperanza: *tú destruyes la esperanza del hombre* (14,19c); *tú has descuajado como un árbol mi esperanza* (19,10); mientras el discurso en su contenido expresa una acusación terrible, y un grito de desesperación, implica, en su acto de palabra, esa confianza y esperanza a la vez mínimas y exorbitantes.

¿Quién es ese "tú" a quien Job acusa de destruir la esperanza del hombre? No es acaso el mismo que la funda y en quien se funda? Por eso, más que al contenido, hay que mirar al vínculo que establece la palabra: un vínculo yo-tú que nada puede romper; a lo largo de todo el discurso (39 capítulos) ese vínculo es lo que se mantiene firme, ese vínculo es lo que persevera, la *hypomene* de la carta de Santiago, *habéis oído de la "hypomonen" de Job* (5,11): no es tanto la paciencia pasiva sino la perseverancia, la constancia. La constancia de Job, no es su capacidad de soportar el dolor y la prueba, no es la capacidad de tolerar los discursos de "justificación de la teología tradicional" (justicia retributiva) de sus amigos y responderles, sino que *su constancia está en mantener siempre vivo el vínculo*, sea en los puntos en que manifiesta confianza, o sea en los gritos de aparente desesperación y dolor profundísimo. Aquí viene espontáneamente a la memoria el: *Elí elí, lema sabactani* (Sal 21,2). El mismo Salmo 21, que comienza con el grito de dolor, ¿de desesperación? terminará -como es sabido- con una confesión de confianza: *en ti esperaron nuestros padres, esperaron y tú los libraste* (v.5); cfr. especialmente: *porque no has despreciado la miseria del mísero, no le ocultó su rostro, mas cuando le invocaba, lo escuchó* (v.25). Y este salmo es el que elige Jesús para su hora de confianza absoluta: *en tus manos encomiendo mi espíritu* (Sal 31,6), que es al mismo tiempo la hora de sufrimiento desgarrador.

Y en esa condición no pocas veces parece contradecirse: *mis ojos te verán* (Jb 19,27); *mis ojos no volverán a ver el bien...* (7,7). Grita el dolor y el deseo de verse libre de él, acusa a Dios de destruir su esperanza, pero es necesario ver si las palabras de Job y su actitud son o no una puesta en obra de la esperanza en YHWH, una esperanza en acto. A lo largo del libro esta esperanza y la confianza están como en *sottovoce*, alcanzando algunas veces un nivel audible que progresivamente va tomando más cuerpo alcanzando picos a lo largo del libro.

Los grandes textos de la esperanza

Los *grandes textos* en que Job manifiesta su esperanza están en el segundo ciclo de discursos:

Aunque Dios sea el acusado en el proceso, Job afirma que Dios es testigo a su favor:

*He aquí, aun ahora mi testigo está en el cielo,
y mi defensor está en las alturas* (Jb 16,19).

En *Jb 17,2-3*, traicionado por sus amigos, y reconociendo implícitamente su deuda con Dios, Job llama a Dios como fiador:

*No hay sino escarnecedores conmigo,
y mis ojos miran su provocación.
Coloca, pues, contigo una fianza para mí;
¿quién hay que sea mi fiador?*

En derecho bíblico, el fiador es una persona que en el momento del vencimiento de un plazo, interviene en favor del deudor insolvente y asume la responsabilidad del pago de la deuda, sea obteniéndola del deudor o sustituyéndola por él.

Acceptando implícitamente su deuda, Job no se encierra en la proclamación de su inocencia, contrariamente a lo que se dice un poco unilateralmente. Si bien es Dios su acreedor, a quien debe cuentas, Job entrevé que Dios mismo será su garante...

Por fin, en *Jb 19,25-27*, Job entrevé que Dios será su salvador:

*Yo sé que mi Redentor vive,
y al final se levantará sobre el polvo.
Y después de deshecha mi piel,
aún en mi carne veré a Dios;
al cual yo mismo contemplaré,
y a quien mis ojos verán y no los de otro.
¡Desfallece mi corazón dentro de mí!*

Dios es el Dios *go'el* de la tradición profética, es decir, el Dios que, por su proximidad, es salvador. Salvador que Job sabe vivo, a pesar de todas las apariencias -pues parece bien muerto, a fuerza de sordo, nunca habla hasta el cap. 38- lo entrevé, lo ve cerca: "yo mismo", "no otro".

El que había dicho *si pasa junto a mí no le veo, si se desliza, no lo advierto* (9,11) espera la visión de Dios (13,3) -entendida como cara a cara y por ella la proximidad de Dios. Más que la salvación e independientemente de toda idea de resurrección.

¿Qué es lo que espera Job?

Espera el cara a cara con Dios (19,27).

Espera ser escuchado por él: *Que mi grito suba sin cesar* (16,18);

¿quién hará que se me escuche? (31,35, al fin de la apología).

Espera la respuesta de Dios: *Esta es mi última palabra: respóndeme Shaday* (31,35b).

*¡Quién me diera saber dónde encontrarle,
para poder llegar hasta su trono!
Expondría ante Él [mi] causa,
llenaría mi boca de argumentos.
Aprendería yo las palabras que Él me respondiera,
y entendería lo que me dijera* (23,3-5).

Espera que Dios se acuerde de él: *Ojalá... te acordaras de mí* (14,13; 7,7; 10,9); sabiendo que este recordar de Dios es una memoria actuante que salva y hace existir.

Esperando que Dios recuerde, que escuche, que responda, esperando ver a Dios, esperando su proximidad, Job difracta una única esperanza: encontrarse con Dios, el cara a cara, espera a Dios mismo.

Dilación de la espera

Esperar es tender hacia el futuro y hacia el otro. Se puede acentuar una u otra dimensión, pero debemos preguntarnos si es posible dejar toda representación del esperado, es decir mantenerse en un *impasse* de tiempo en la sola esperanza en el otro. Es una de las preguntas que plantea el libro de Job. Job vive ese *impasse* de tiempo. El tiempo está inmóvil, ni siquiera da la muerte. Job no espera un futuro como una restauración del pasado ni prevé algo radicalmente diferente. Sólo espera a Dios. En Él se conjugan (se confunden) los dos ejes de la esperanza: el temporal y el relacional; en este sentido es el prójimo "próximo", es el otro, es el que siempre está por venir; está al lado, pero es otro, distante.

Pero para esperar en Dios, Job tiene que atravesar las imágenes -aparentes aunque falsas- de la fiera que lo toma por presa (10,16), del arquero que lo tiene por blanco (6,4; 7,20; 16,12-13), del guerrero que lo toma por enemigo (16,14), imágenes que están ligadas a su presente de sufrimiento y proyectadas por el temor en el futuro. Debe atravesar la imagen de Dios como ley, reducido a un mecanismo de retribución.

La esperanza de Job reposa en la relativización de las representaciones, atravesándolas, tanto en el eje temporal -los bienes futuros- como en el eje relacional -Dios. También hay que destacar que el Dios esperado

no se reduce al rol de mediador que puede dar a Job sus objetos esperados: Job no demanda la restauración de su situación, él demanda a Dios por Dios mismo, por la relación.

El riesgo de esperar

Las razones para esperar en el libro de Job están ausentes; es lo que la Biblia llama *esperar contra toda esperanza* (Rm 4,18). Si es absolutamente necesario encontrar una razón para la esperanza en Dios, habrá que volverse a Dios mismo. Este fundamento de la esperanza permanece en riesgo, pues la esperanza en Dios implica una dependencia respecto de una alteridad, y aquí, una alteridad absoluta. Job conoce ese riesgo: *Arriesgaré todo, me jugaré la vida, y aunque intente matarme, lo aguardaré* (Jb 13,14-15). Es el riesgo inherente a toda confianza en otro. Es sólo *a posteriori* que Job sabe que su confianza no fue vana.

El cumplimiento de la esperanza

Todo libro apunta a una resolución que se presenta al final, sin embargo en Job, el final, el cumplimiento de la espera, la resolución de la crisis, no se da cuando Dios restaura la "suerte" de Job, sino cuando Dios se le muestra (la tormenta) y le responde: *Entonces el Señor respondió a Job desde la tormenta* (38,1). Esta respuesta del Señor empalma directamente con el pedido de Job (ahora se interponen los discursos de Elihú): *Ojalá hubiera quien me escuchara. Que responda el Todopoderoso, que mi rival escriba su alegato* (31,35). Cuando el Señor le responde, entonces Job ve cumplida su esperanza:

*Job respondió al Señor:
Reconozco que lo puedes todo y ningún plan es irrealizable para ti.
(Tú has dicho) ¿quién es ese que empaña mis designios
con palabras sin sentido?
Es cierto, hablé sin entender
de maravillas que superan mi comprensión.
(Tú has dicho) escúchame que voy a hablar,
voy a interrogarte y tú responderás.
-Te conocía sólo de oídas,
ahora te han visto mis ojos;*

*por eso me retracto y me arrepiento
echándome polvo y ceniza (42,1-6).*

El continuo anhelo de Job por encontrarse con quien a lo largo de todos sus discursos y los de sus amigos se había mantenido en el silencio, queda cumplido en la manifestación (la tormenta) y en la palabra dirigida, pero no es sobre todo el contenido de los discursos de Dios lo que colma la esperanza de Job, sino Aquél que dice los discursos y que se dirige a Job. Job, que por treinta capítulos se había dirigido al tú de Dios, sin encontrar más que silencio, 'Job habla y Dios calla- ahora encuentra su 'yo' dicho como 'tú' por boca de Dios -Dios habla y Job calla-: *me taparé la boca (40,4)*. Dios se le manifiesta, se deja ver, Dios le habla, le dirige la palabra, Dios se hace cercano. Es en este encuentro, en esta cercanía, donde queda cumplida la esperanza de Job, incluso antes (e independientemente) de verse restablecido en su salud y riqueza. La restauración es pura gracia.

El interrogatorio de Job tiene tales proporciones que la única contestación satisfactoria sólo podía estribar en hechos, no en discursos. En la teofanía y en la palabra Job se ha encontrado con Dios, y esa profunda experiencia religiosa supera toda la tradición teológica de las escuelas y los discursos de los sabios; y aún más, supera una idea limitada de Dios. **Dios fue un tema de discusión en la boca de los amigos durante treinta y cinco capítulos. Dios es ahora una persona a quien Job ha encontrado.** Sin embargo, la discusión, la palabra, es el camino para llegar al encuentro. Ha llegado a ese punto por el camino de la palabra tenaz. Dios no tapó la boca a Job cuando terminó su maldición inicial (cap. 3). Dios no quiere colaboradores mudos, le hacen falta las palabras de Job. Porque nos hacían falta a nosotros, que somos un pueblo crítico, incluso de Dios, y Job es nuestro portavoz. Por eso no podía callar. Más allá de nuestra crítica del Dios que nuestra crítica imagina, suena la voz del Dios cada vez más verdadero: Job no podía callar.

Como dice la Epístola a los Hebreos: *la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve (Hb 11,1)*. La esperanza de Job se resuelve en la fe: *ahora te han visto mis ojos*. Aunque lo único que se ha visto es la tormenta y se ha escuchado la voz... la escucha es a la fe, no a la visión.

Y ¿cuál es la respuesta de Dios?

El reencuentro de Job y Dios (38-42) ha colmado el aguardar de Job y ha respondido a su deseo, a su esperanza fundamental, pero, al mismo tiempo, esa manifestación de Dios por su creación, los discursos de Dios, ese Dios visto pero no descrito (42,5), son bien extraños.

Dios responde con preguntas a las que Job no puede responder (*Jb* 38-42) y la respuesta de Dios ignora la pregunta de Job, que quería una declaración de inocencia. Dios pregunta a Job los secretos de la creación, fuerza a Job a medirse con un mundo que es suyo, pero sobre el que no sabe nada. El tono de las preguntas es de una prepotente ironía:

Dímelo, si es que sabes tanto (38,4).
Cuéntamelo si lo sabes todo (38,18).
Lo sabrás, pues ya habías nacido entonces,
y has cumplido tantísimos años (38,21).

El camino por el que Dios conduce a Job no es el camino intelectual por el cual se elabora una respuesta al mal, sino que es una experiencia amarga de sí mismo y de su relación con Dios y el mundo. Es una experiencia de la verdad. La verdad del hombre, que no sabe nada de la vida y por eso, no sabe nada de la muerte. Es la experiencia de creaturalidad que reconcilia a Job con la capacidad de acoger el misterio. La experiencia de la pequeñez, hecha en la reconciliación con el mundo que es bueno (*Gn* 1). Cuando Job reconoce su pequeñez, Dios le hace la última pregunta: *¿Quieres tú ser Dios y que yo sea hombre?* (cf. 40,6-14).

La última pretensión del hombre de querer ser Dios; el verdadero problema de Job está en reconciliarse con la propia identidad de hombre.

Dios es un misterio que puede ser acogido en la certeza de que es un misterio bueno.

El libro de Job no responde de modo conceptual al sufrimiento, sino experiencial, con la aceptación del propio lugar en el mundo, es decir como creatura amada por Dios.

No da respuesta al sufrimiento, sino que abre a acoger el misterio de Dios, que es capaz de superar el mismo sufrimiento y la muerte. Dios es capaz de obrar y dar la vida dentro de la misma muerte. Dios no es el que explica la muerte y su dolor, sino el que la vence y transforma, haciéndola florecer en vida.

Conclusión

En Job, la esperanza se formula como pregunta: ¿se puede esperar en Dios?. Pero Job, más que formular una pregunta sobre la esperanza, sobre la vida, y sobre su sentido, y especialmente sobre el sufrimiento, es él mismo una pregunta. Su vida pregunta con un grito que clama al cielo, y si Job es la pregunta, la pregunta que es el mismo Job es formulada de una manera mucho más clara que la respuesta. Sin embargo la respuesta llega en forma de visión oscura (tormenta) y de palabra misteriosa que es pregunta. Por esta visión y palabra se da a entender el "encuentro" que es la respuesta a la pregunta que es Job.

Por eso, si Job es la pregunta, el encuentro es la respuesta; el encuentro de Job con Dios, el encuentro del hombre con Dios. Y por eso, Jesús es la respuesta. Y no con lo que dice, con sus palabras, sino con su persona y con su vida. A la pregunta hecha vida en Job, la Palabra hecha carne es la respuesta.

Si la vida, si la carne atravesada por el profundísimo dolor de Job es hecha grito, es hecha palabra, es hecha pregunta, la Palabra hecha carne es la respuesta. La carne (el hombre) sufriente de Job es el grito que pregunta, el Verbo hecho carne (sufriente) es el grito de Dios que responde. Al grito desgarrado y profundo del hombre, responde el grito amoroso de Dios (cuyo amor es más profundo, más ancho, más alto, y más largo, y supera todo conocimiento (*Ef 3,18s; Rm 8,39*), un grito de Dios que sale al encuentro del hombre, y no sale con algo de sí, sino que la respuesta al grito humano es Dios mismo: *Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,14)*.

Mons. Domingo Tamburini 1210
11300 – Montevideo
Uruguay
dkerber@adinet.com.uy